

UNIFORMIDAD CONCEPTUAL EN LOS ÍDOLOS DEL CALCOLÍTICO PENINSULAR

Julián Bécares Pérez

Queremos aprovechar la ocasión que nos brinda este Coloquio Sobre las Religiones Prehistóricas de la Península Ibérica para reflexionar sobre algunos aspectos de los llamados «ídolos» del Calcolítico peninsular, teniendo en cuenta para ello, tanto los ídolos muebles que frecuentemente forman parte del ajuar de los enterramientos colectivos de dicho período, como los que aparecen pintados en un buen número de abrigos con arte esquemático, con mayor frecuencia en la mitad meridional de la Península.

En primer lugar queremos indicar que la abundante y variada tipología que hemos desarrollado para los ídolos pintados, la cual ya presentamos sucintamente en el I Coloquio Internacional Sobre Arte Esquemático de la Península Ibérica (BECARES, 1983) (fig. 1), basada en la desarrollada por Pilar Acosta (ACOSTA, 1967 y 1968), al igual que otras propuestas para los ídolos muebles por otros autores (SIRET, 1906 y 1908; CORREIA, 1921; BREUIL, 1933-35: IV, 113-135; LEISNER, 1951: 114-140; ALMAGRO BASCH, 1966; y ALMAGRO GORBEA, M^a J. 1973¹), pudieran hacernos olvidar, o al menos enmascarar en parte, la uniformidad conceptual que puede reconocerse en la gran mayoría de estos motivos.

La referida uniformidad conceptual se pone de manifiesto en la utilización de un corto número de elementos para la realización de dichos ídolos, los cuales se representan en unos casos de forma aislada, en otros asociados, sin que seamos capaces de decidirnos por considerar a estos elementos como los

atributos de un mismo ente, los cuales podrían utilizarse de forma alternativa con un similar valor, o si correspondieran a entes diferenciados pero complementarios, pudiéndose atribuir también la frecuente asociación de unos y otros a algún tipo de sincretismo.

Los referidos elementos que conforman la gran mayoría de estos ídolos, tanto muebles como pintados, pueden reducirse a dos fundamentales, los que representan el cuerpo y los que representan el rostro, a los que sólo en ocasiones se les asocian algunos otros. Y sin que sepamos, como ya se ha indicado, si los elementos que representan el cuerpo y los que reproducen el rostro corresponden a dichas partes de una misma «divinidad» utilizadas como símbolos alternativos, o si por el contrario son atributos de «divinidades» diferentes, asociados frecuentemente, pero en cualquier caso fuertemente conceptualizados y estereotipados para sus autores, como nos lo demuestra la frecuencia con que se repiten combinaciones similares o próximas de los dos elementos, en áreas distantes de la Península.

Estos dos elementos, cuerpo y cara, se han manejado con un relativamente corto número de variantes, en las que casi siempre es posible reconocer con relativa facilidad la idea básica que sus autores quisieron reproducir plásticamente, pero que debido a la diversidad de sus combinaciones o a las limitaciones impuestas por el variado material que se ha seleccionado para darles forma, produce los diversos tipos bajo los cuales se clasifican y estudian estos motivos, y que en nuestra opinión, como ya hemos señalado, no siempre permiten comprender esa uniformidad conceptual. También la reflexión sobre la indicada selección de materiales concretos con for-

¹ En esta autora (1973: 15 a 19) se pueden ver resumidas estas y otras clasificaciones tipológicas de los ídolos que nos ocupan.

mas determinadas, escogidos para servir como soporte de estos ídolos, será otro elemento a tener en cuenta para reconocer dicha uniformidad conceptual.

Es precisamente sobre la materia prima y la forma que ha servido de soporte al ídolo, en lo que se apoyan fundamentalmente la mayor parte de las tipologías, sobre todo las desarrolladas para los ídolos muebles, y así ya desde las clasificaciones de Siret de 1906 y 1908 hasta la más reciente de María José Almagro (1973), estas piezas han sido clasificadas en ídolos sobre huesos largos, ídolos falange, ídolos placa, ídolos cilindro, etc. pasando a un segundo término los elementos que componen los diferentes ídolos, la representación del cuerpo y la del rostro ya aludidas, a las que se asocian en algunos casos otros elementos, como los brazos, y los atributos sexuales, en la mayoría de los casos claramente femeninos, como son el triángulo sexual, o los pechos, por lo que se refiere al cuerpo, mientras que en la representación del rostro, suelen acompañar a los ojos, la representación de las cejas por la parte superior, y unas curvas frecuentemente quebradas por el inferior, a las que se conoce bajo el término de tauaje facial.

El cuerpo además, en buen número de casos se hace derivar del bitriángulo, cuando se representa de forma plana, o en el cuerpo geométrico producido por la revolución del vitriángulo, el vicono, cuando se representa con un mayor volumen.

Para hacer más asequibles estas ideas hemos preparado el cuadro de motivos de la figura 2, con el cual no pretendemos en absoluto indicar una o varias líneas evolutivas, ni temporales ni espaciales, sino poner de manifiesto las claras relaciones formales, y conceptuales que para nosotros existen, y creemos que para sus autores también, entre la casi totalidad de formas bajo las que se nos presentan los ídolos del Calcolítico peninsular.

Como elemento básico para la representación de uno de esos elementos, el cuerpo, ya hemos indicado que está el «bitriángulo», pareja de triángulos unidos por el vértice e invertido el de arriba sobre el de abajo. Representación plástica que sólo es posible sobre un soporte y no realizable en su forma pura como pieza aislada, porque necesariamente se rompería. De ese elemento básico y las posibilidades de realización plástica o de simple insinuación sobre distintos materiales, surgen un buen número de variedades tipológicas, diferentes según nos refiramos a materiales muebles o a representaciones bien sobre la roca, o sobre otros tipos de soporte, como la cerámica, etc.

El ejemplo más claro de este elemento básico son los abundantes bitriangulares simples existentes en un buen número de abrigos pintados dispersos por amplias zonas de la Península (ACOSTA, 1968: 76-79, fig. 21, mapa 12), desde el Abrigo del Gabal (Vélez Blanco, Almería) (BREUIL, 1933-35: IV, 27-29, lám. XXIII), hasta el Abrigo de las Viñas (Zarza de Alange, Badajoz) (BREUIL, 1933-35: II, 120-128, lám. XXXI y XXXIV), y desde la Cueva de la Rosa (Medina Sidonia, Cádiz) (BREUIL y BURKITT, 1929: 45, lám. XII) hasta el abrigo de El Mirador (Soria) (GÓMEZ-BARRERA, 1982: 71-84, figs. 19-24); a los cuales también encontramos representados sobre otros materiales como vasijas cerámicas, de las que quizá las más conocidas sean las cazuelas oculadas de las tumbas 7 y 15 de Los Millares (SIRET, 1908: 16, fig. 14), en las que los bitriangulares aparecen realizados mediante puntos, y asociados a oculados y a ciervos, triple asociación que vemos repetirse en el abrigo de Los Organos, en Despeñaperros, (Santa Elena, Jaén) (GONZÁLEZ NAVARRETE, 1970). También encontramos al bitriángulo como elemento decorativo redundante sobre multitud de ídolos-placa muebles.

La realización plástica de este motivo puro ya hemos visto que plantea serios problemas, y una forma de resolverlos es el no llegar a estrechar totalmente la «cintura» del ídolo; un ejemplo claro de esta solución es el llamado Venus de Benaolán (GIMÉNEZ REYNA, 1958), ídolo aparecido en la Cueva de la Pileta y realizado sobre arcilla, al que además se le han practicado dos perforaciones, hay que suponer que para colgarlo, y se le han añadido algunos aditamentos sobre los que por ahora no vamos a detenernos, pero que en este caso nos indican el carácter femenino de esta representación.

A este elemento básico con frecuencia se le añaden una serie de aditamentos destinados a hacer más manifiesto su sentido antropomorfo, para lo que en unas ocasiones se añadirá una cabeza, representada frecuentemente mediante otro triángulo dispuesto sobre el superior de los que formaban el bitriángulo, y al igual que aquel también con el vértice hacia abajo, pasando a formar lo que Pilar Acosta denominó tritriangulares (ACOSTA, 1968: 79, figs. 22-23), y de lo que son claros ejemplos, tanto nuestros bitriangulares con cabeza (Ib 2) (fig. 1), como una buena parte de los denominados por M^a J. Almagro ídolos cruciformes, especialmente de los subtipos II A 1 y II A 2 (ALMAGRO GORBEA, 1973: 33-47, figs. 3 y 4, mapa 2). En otras ocasiones el aspecto antropomorfo

se consigue mediante la representación de los brazos, insertados en la unión de los dos triángulos, con lo cual el triángulo superior pasa a representar la cabeza y el inferior el tronco, de lo que tenemos buen número de ejemplos en la Pintura Rupestre Esquemática (ACOSTA, 1968: 76-79, fig. 21-22, mapa 12), también con una amplia dispersión, que abarca un territorio muy similar al de los bitriangulares simples, con mayor frecuencia en el triángulo delimitado por las provincias de Almería, Cádiz y Badajoz, pero con alguna expansión también mucho más al Norte como en el caso de los bitriangulares simples, en el Abrigo de el Portalón (Villacadima, Guadalajara) (ORTEGO FRÍAS, 1963). También son abundantes este tipo de representaciones en piezas muebles, buen número de los llamados por M^a José Almagro ídolos cruciformes, especialmente de los tipos II-A y B (ALMAGRO GORBEA, 1973: 33-52, figs. 3-5, mapa 2) con una dispersión que abarca desde la provincia de Almería hasta el estuario del Tajo.

Si se analizan con cierto detenimiento los ídolos bitriangulares pintados, veremos que con cierta frecuencia se puede reconocer una tendencia a redondear sus elementos, de lo que es un buen ejemplo el abrigo de la Covatilla de San Juan (Almodóvar del Campo, Ciudad Real) (BREUIL, 1933-35: III, 107-110, figs. 53-54 y lám. LIX), tendencia que también se puede reconocer en algunos de los denominados por María José Almagro ídolos cruciformes, especialmente de la variante A3 (ALMAGRO GORBEA, 1973: 47-49, fig. 5), cuyos representantes se distribuyen por las provincias de Sevilla, Granada, Almería y Murcia. Una derivación de estos serían los ídolos alteriformes, en los que además de redondearse los elementos, aparece un eje que los une, y del que en ocasiones uno de sus elementos es triangular, con mayor frecuencia el superior, mientras que entre los dos elementos y partiendo del eje que los une, aparecen los brazos, al igual que sucediera en muchos de los bitriangulares. Este grupo de ídolos pintados, los halteriformes los encontramos presentes especialmente en las zonas centrales de Sierra Morena y en la provincia de Cádiz. A los halteriformes además se les podría considerar como un paso atrás en la línea evolutiva hacia la antropomorfización, sin que en ningún caso estemos seguros de qué paso es anterior, o si pudieran ser evoluciones paralelas de elementos diferentes, lo que personalmente no creemos por la frecuencia que aparecen en los mismos abrigos que los ídolos bitriangulares, lo que queda muy claro en el aludido abrigo de Covatilla de San Juan.

En la evolución clara hacia la antropomorfización tenemos que a los bitriangulares con cabeza, frecuentemente también se les dota de brazos, en este caso arrancando normalmente de los vértices del triángulo superior, e incluso de piernas, elementos unos y otros difíciles de introducir en los ídolos muebles a partir de los cruciformes, dada su fragilidad, pero que tienen muy claros ejemplos en la Pintura Rupestre Esquemática, como sucede en el abrigo segundo de la Sierra de la Virgen del Castillo (BREUIL, 1933-35: II, 18-30, lám. IX), en el de Puerto Palcios, (BREUIL, 1933-35: II, 3-7, lám. V), o en los bitriangulares oculados ya aludidos de Los Organos. Entre los ídolos muebles encontramos la representación de los brazos en algunos de los ídolos placa, por lo general también oculados (ALMAGRO GORBEA, 1973: figs. 52 y 53), los cuales se unen con la representación de las piernas en los ídolos antropomorfos o de tipo Marroquies Altos (ALMAGRO GORBEA, 1973: 251-252, fig. 61, lám. XXXIX; y HURTADO, 1980), en los que la representación de los ojos y del tatuaje facial también alcanza un significativo desarrollo.

También en los denominados ídolos placa, especialmente frecuentes en Portugal y Extremadura, escasos y dudosos en la Pintura Rupestre Esquemática, es posible reconocer sus relaciones con el bitriángulo, al igual que sucede con el resto de los ídolos que hasta ahora hemos revisado, especialmente reconocible en los ídolos placa de contornos recortados; donde se hace con frecuencia más evidente, debido a que las muescas que recortan el contorno, son en casi todos los casos convergentes, determinando un espacio trapezoidal, la misma forma que tomaba el triángulo en los cruciformes de M^a José Almagro, bitriangulares al fin y al cabo como hemos visto, ligeramente transformados para evitar la rotura de la pieza; pero también es reconocible el elemento triangular en la parte superior de la gran mayoría del resto de los ídolos placa, si nos fijamos en la frecuencia con que estas piezas presentan en su tercio superior un espacio reservado de forma triangular (ALMAGRO GORBEA, M^a J., 1973: figs. 36 a 49), delimitado en la mayor parte de los casos por bandas convergentes, y de las que ofrecemos algunos ejemplos en la parte superior de nuestra figura 2.

En otras ocasiones vemos que en lugar de la forma plana que hasta ahora nos hemos encontrado, lo que sus autores buscan es un volumen en el que la tercera dimensión tenga una mayor magnitud, y entonces buscan, o producen, objetos que tengan alguna relación con el bitriángulo de revolución, los

cuerpos bitroncocónicos, y surgen los denominados ídolos tolva, ídolos sobre falange y sobre huesos largos, en los que en todos los casos estamos seguros se seleccionaron estos tipos de soportes por su forma en algún modo relacionable con dicho cuerpo geométrico. Un caso curioso en el que también se busca esa misma forma es el vaso cerámico de Monte de Outeiro (SCHUBART, 1965), sobre el que se plasmó el otro elemento característico de la gran mayoría de estos ídolos, los ojos con el tatuaje facial, bajo los que aparece el triángulo que ya hemos visto aparecer en algunos de nuestros ídolos pintados y que encontramos igualmente en los ídolos sobre huesos largos y falanges.

Este segundo elemento, símbolo, o modo de representar a la divinidad, también lo vemos generalizarse a la mayoría de los otros ídolos, bien de forma necesaria o incidental, y así tenemos otro importante grupo de ídolos-placa en los que aparecen los ojos acompañados en casi todos los casos del referido tatuaje, con o sin arcos superciliares, sobre placas trapecoidales frecuentemente, pero también sobre placas de contornos recortados, en las que además en algunas ocasiones se ha resaltado con la decoración interna el triángulo capital.

También un grupo de estas placas oculadas vemos que tienden hacia una mayor antropomorfización dotándolas de brazos, unas veces de forma muy esquemática, mediante la técnica de practicar dos perforaciones en ojal en el cuerpo del ídolo², otras de forma más manifiesta, mediante incisión o bajorrelieve, al igual que veíamos sucedía con los bitriangulares, a los que también ocasionalmente se les dota de ojos, como se recoge en las muy interesantes y ya aludidas representaciones de Los Organos, en Despeñaperros, tras haber llegado a la antropomorfización total del ídolo bitriangular, por medio de la representación de cabeza, brazos con manos y piernas, pero también posiblemente en algunos de los bitriangulares atípicos de la Cueva de las Mujeres o Ahumada (Medina Sidonia, Cádiz) (BREUIL y BURKITT, 1929: 45-48, lám. XIII; CABRE y HERNÁNDEZ-PACHECO, 1914: 32-34, figs. 5-6 y lám. XI).

Un grado similar de antropomorfización se aprecia en algunos ídolos muebles, los del tipo de Marroqués Altos, Torre del Campo, Malagón, y varios de

La Pijotilla, alguno de los cuales parece soportar un elemento triangular en sus manos, y que en otras ocasiones nos vienen a desmentir el carácter femenino que sistemáticamente se les atribuía a todas estas piezas, en concreto a través de algunos de los ídolos de La Pijotilla (HURTADO, 1980), y aún más claramente de el ídolo de El Malagón (ARRIBAS, 1977), sentido en el que también nos ilustran algunos de los ídolos oculados antropomorfos, en concreto los de Canuto Ciaque I (Medina Sidonia, Cádiz) (BREUIL y BURKITT, 1929: 48-49, lám. XIII) y Cantos de la Visera II (Yecla, Murcia) (CABRE, 1915: 213-216, lám. XXVIII), pero sin que el carácter masculino pueda ser generalizado a la totalidad de estos ídolos, no es claro que estemos ante la pareja sagrada.

Otro grupo de ídolos oculados parecen haber tomado la idea intermedia entre el cuerpo bitriangular y el rectángulo de lados cóncavos con que nos ilustra la «Venus de Benaolán», son los ídolos similares al de la colección Pidal, y de los que también nos encontramos con algunos ejemplares en La Pijotilla (Badajoz) (HURTADO, 1980), yacimiento que es un verdadero compendio de ídolos muebles.

En algunas ocasiones, al igual que nos encontrábamos la representación del atributo corporal, el bitriángulo, aislado sin ninguna insinuación del rostro de la divinidad, también es posible encontrarnos el oculado aislado sin ninguna alusión al cuerpo, de los que son los mejores ejemplos los oculados pintados que parecen tener un cierto predominio en el nacimiento del Segura, como por ejemplo los de la Cueva de la Diosa Madre y el Collado del Gujarral (Segura de la Sierra, Jaén) (GONZÁLEZ NAVARRETE, 1971; y MEDINA VICIOSO, 1963), pero que en arte mueble nos los encontramos mejor representados en el Oeste peninsular, son los ídolos cilindros, los cuales pueden presentarse con muy distintos grados de simplicidad o recargamiento, desde dos simples agujeros para indicar los ojos, hasta un profuso tatuaje facial, recargados arcos superciliares y un laborioso peinado.

Con todo lo expuesto creemos que la uniformidad conceptual que reflejan todo este conjunto de motivos, bien sobre arte rupestre, bien sobre arte mueble, no puede darse más que en una sociedad con una cierta uniformidad en su modo de conceptualizar estos tipos de motivos, y por lo tanto con una cierta unidad cultural, en la que las variantes tipológicas o numéricas, no son más que indicadores de modas o variantes regionales de esa cultura común, máxime cuando en los últimos años se han

² Dos fragmentos de un ídolo de este tipo hemos reconocido entre los materiales del dolmen salmantino de El Torrejón de Villarmayor, estudiado y en publicación por Luis González Arias.

alumbrado una serie de hallazgos que extiende a puntos muy distantes algunos de los tipos que hasta ahora se consideraban más restringidos en el espacio, nos referimos a los ídolos sobre huesos largos, de los que M^a José Almagro no podía manejar más que un corto número, los de la Cueva de la Pastora, Ereta del Pedregal, y Almizaraque, todos ellos localizados en el Levante y Sudeste peninsular (ALMAGRO GORBEA, 1973: 169-180), y que actualmente no solo hemos visto cómo se extendía la serie en esas regiones, sino que también los hemos visto extenderse a lugares tan distantes como Huerta de Dios en el Sur de la provincia de Badajoz (ENRÍQUEZ NAVASCUES, 1983) o lo que resulta aún más extraño, la Cueva de Juan Barbero en Tielmes de Tajuña, provincia de Madrid (MARTÍNEZ NAVARETE, 1984), zona no sólo al Norte del Guadiana, el tradicional límite para los ídolos, sino también al Norte del Tajo.

A estos hallazgos hay que añadir otros aún más al Norte, ya en la Meseta septentrional, a uno de ellos ya hemos aludido en la nota 2, el de un par de fragmentos que creemos corresponden a un ídolo placa de ojales, aparecidos en el dolmen de El Torrejón de Villarmayor en la provincia de Salamanca, también de esta provincia es otro pequeño fragmento aparecido en el dolmen de La Ermita, en Galisncho, los cuales conocemos gracias a la amabilidad del Director del Museo de esta provincia D. Manuel Santonja, al que ya existe una pequeña referencia (DELIBES y SANTONJA, 1986: 75), y el cual creemos corresponde a un tipo de ídolo similar al inciso de Idanha-a-Nova (ALMAGRO GORBEA, 1973: fig. 52 (194)).

Otro hallazgo que lleva aún más al Norte este tipo de temas, es el por ahora tuerto ídolo oculado de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas, Zamora, dado a conocer por Germán Delibes (1985: 38), y al que parece se puede clasificar, con ciertas reservas dada su situación fragmentaria, como oculado típico, en un área tan alejada de la que les parecía propia. Recordemos también los bitriangulares de La Chorrera II, en Los Yébenes (Toledo), de El Portalón I, en Villacadiña, Norte de la provincia de Guadalajara, y de El Mirador en el Monte Valonsadero, junto a la capital de Soria, por no citar más que a motivos claramente típicos, a los que se podrían añadir otros algo más dudosos como los dos oculados simplificados y la phi oculada también del núcleo soriano, o los oculados en este caso atípicos, y el último bastante dudoso de Solapa de los Angostillos y de Solapa del Juego de

Chita, en el Barranco del Río Duratón, provincia de Segovia (LUCAS PELLICER, 1981), y el del Risco de los Altares, en el Sur de la provincia de Salamanca (GRANDE DEL BRÍO, 1978).

Como se puede ver cada vez se hace más difícil de aceptar una cultura peninsular cortada por el Guadiana durante el Calcolítico, aunque no se nos escapa que las variaciones cuantitativas han de tener algún significado, pero no sólo entre la mitad Norte y Sur de la Península, sino también dentro de esa mitad Sur donde las variaciones especialmente cuantitativas también son importantes, al menos por lo que a los ídolos pintados se refiere, con una especial concentración en las zonas centrales de Sierra Morena y Cadiz, pero son problemas que no podemos resolver desde estos tipos de estudios, sino que ha de ser a través estudios regionales de su poblamiento y cultura material.

Bibliografía

- ACOSTA MARTÍNEZ, P. (1967): *Representaciones de ídolos en la pintura rupestre esquemática española* (Trabajos de Prehistoria XXIV). Madrid; 75 pp. 14 figs. y 5 mapas.
- ACOSTA MARTÍNEZ, P. (1968): *La pintura rupestre esquemática en España* (Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología nº 1). Salamanca; 247 pp., 61 figs. y 22 mapas.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966): *El ídolo de Chillarón y la tipología de los ídolos del Bronce I Hispano*. Trabajos de Prehistoria, XXII (serie monográfica). Madrid; 39 pp., 13 figs. y 5 láms.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1973): *Los ídolos del Bronce I Hispano* (Bibliotheca Praehistorica Hispana, XII). Madrid; 354 pp., 98 figs., 16 mapas y 57 láms.
- ARRIBAS PALAU, A. (1977): «El ídolo de "El Malagón" (Cullar-Baza, Granada)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2. Granada, pp. 63-82, 4 figs. y 5 láms.
- BECARES PÉREZ, J. (1983): «Hacia nuevas técnicas de trabajo en el estudio de la pintura rupestre esquemática». *Zephyrus*, XXXVI. *Actas del Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica, Salamanca 1982*. Salamanca; pp. 137-148 y 2 figs.
- BREUIL, H. (1933-35): *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*:
- I. Au Nord du Tage.
 - II. Bassin du Guadiana.
 - III. Sierra Morena.
 - IV. Sud-Est et Est de l'Espagne.
- Lagny; 4 tomos.

- BREUIL, H. y BURKITT, M. (1929): *Rock paintings of Southern Andalusia*. Oxford; XII + 88 pp. 54 figs., 33 láms. y 7 mapas.
- CABRE AGUILO, J. (1915): *El arte rupestre en España (Regiones septentrional y oriental)* (Memoria nº 1 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas). Madrid; 235 pp., 104 figs. y 31 láms.
- CABRE AGUILO, J. y HERNÁNDEZ-PACHECO, E. (1914): *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo Sur de España (Laguna de La Janda)* (Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, trabajo nº 3). Madrid; 35 pp. 6 figs. y 13 láms.
- CORREIA, V. (1921): *El Neolítico de Pavía*. Memoria nº 27 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA GÓMEZ, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Salamanca, 225 pp. 60 figs. y 55 láms.
- ENRÍQUEZ NAVASCUES, J. J. (1983): «Dos ídolos sobre hueso largo procedentes de la Huerta de Dios». *Trabajos de Prehistoria*, 40. Madrid, pp. 293 a 303, 5 figs. y 2 láms.
- GIMÉNEZ REYNA, S. (1958): *La Cueva de la Pileta*. Málaga; 64 pp., 17 figs. y 16 láms.
- GÓMEZ BARRERA, J. A. (1982): «La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta Soriana». Soria; 285 pp., 91 figs. y 15 láms.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1970): *Nuevas pinturas rupestres en Jaén. El abrigo de los órganos en Despeñaperros* (Publicaciones del Museo de Jaén, 1). Jaén, 14 pp. y 15 láms. y, *Boletín del Instituto de Estudios de Giennenses XLVIII*. Jaén.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1971): *Más figuras rupestres en Jaén, la Cueva de la Diosa Madre*. (Publicaciones del Museo de Jaén 2), 14 pp. y 15 láms. y, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses LII*. Jaén.
- GRANDE DEL BRÍO, R. (1978): «Las pinturas rupestres del "Risco de los Altares" (Salamanca)». *Zephyrus*, XXVIII-XXIX. Salamanca; pp. 235-248 y 9 figs.
- HURTADO PÉREZ, V. (1980): «Los ídolos calcólicos de "La Pijotilla" (Badajoz)». *Zephyrus*, XXX-XXXI. Salamanca; 165 a 203, 13 figs. y 6 láms.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1951): *Antas do Concelho de Reguengos de Monsaraz. Materiais para o estudo da Cultura Megalítica em Portugal*. Lisboa; 322 pp., 7 figs. y 63 láms.
- LUCAS PELLICER, M. R. (1981): «Aproximación al conocimiento de las estaciones rupestres y de la pintura esquemática en el barrando del Duratón (Segovia)». *Altamira Symposium*. Madrid; pp. 505-526, 7 figs. y 6 cuadros.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1984): «El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: la cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes, Madrid)». *Trabajos de Prehistoria*, 41. Madrid; pp. 17-88, 7 figs. y 8 láms.
- MEDINA VICIOSO, C. (1963): «Pinturas rupestres en el término de Segura de la Sierra». *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 35. Jaén ; pp. 103-105 y 7 figs.
- ORTEGO FRÍAS, T. (1963): «Las pinturas rupestres de "El Portalón", en el término de Villacadima (Guadalajara)». *Ampurias*, XXV. Barcelona; pp. 91-104, 4 figs. y 6 láms.
- SIRET, L. (1906): «Orientaux et occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques». *Revue des Questions Scientifiques*, octubre 1906. Louvain; pp. 5 a 87 y 11 láms.
- SIRET, L. (1908): «Religions néolithiques de l'Iberie». *Revue Préhistorique*, III. Paris; pp. 3 a 79, 28 figs. y 15 láms.
- SCHUBART, H. (1965): «As duas fases de ocupação do túmulo de cúpula do Monte do Outeiro, nos arredores de Aljustrel». *Revista de Guimaraes*, LXXV. Guimaraes; pp. 195 a 204 y 6 figs.

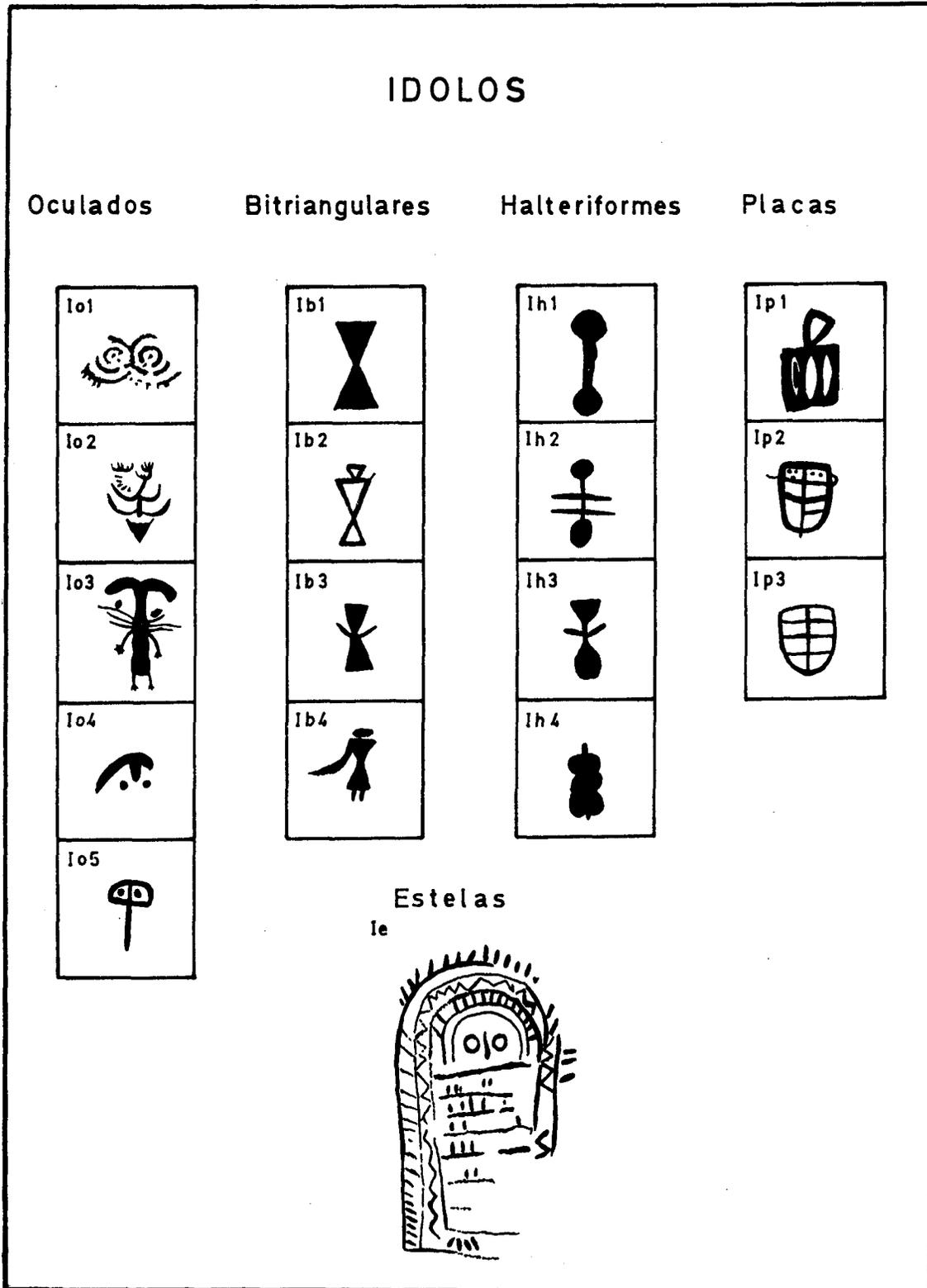


Fig. 1

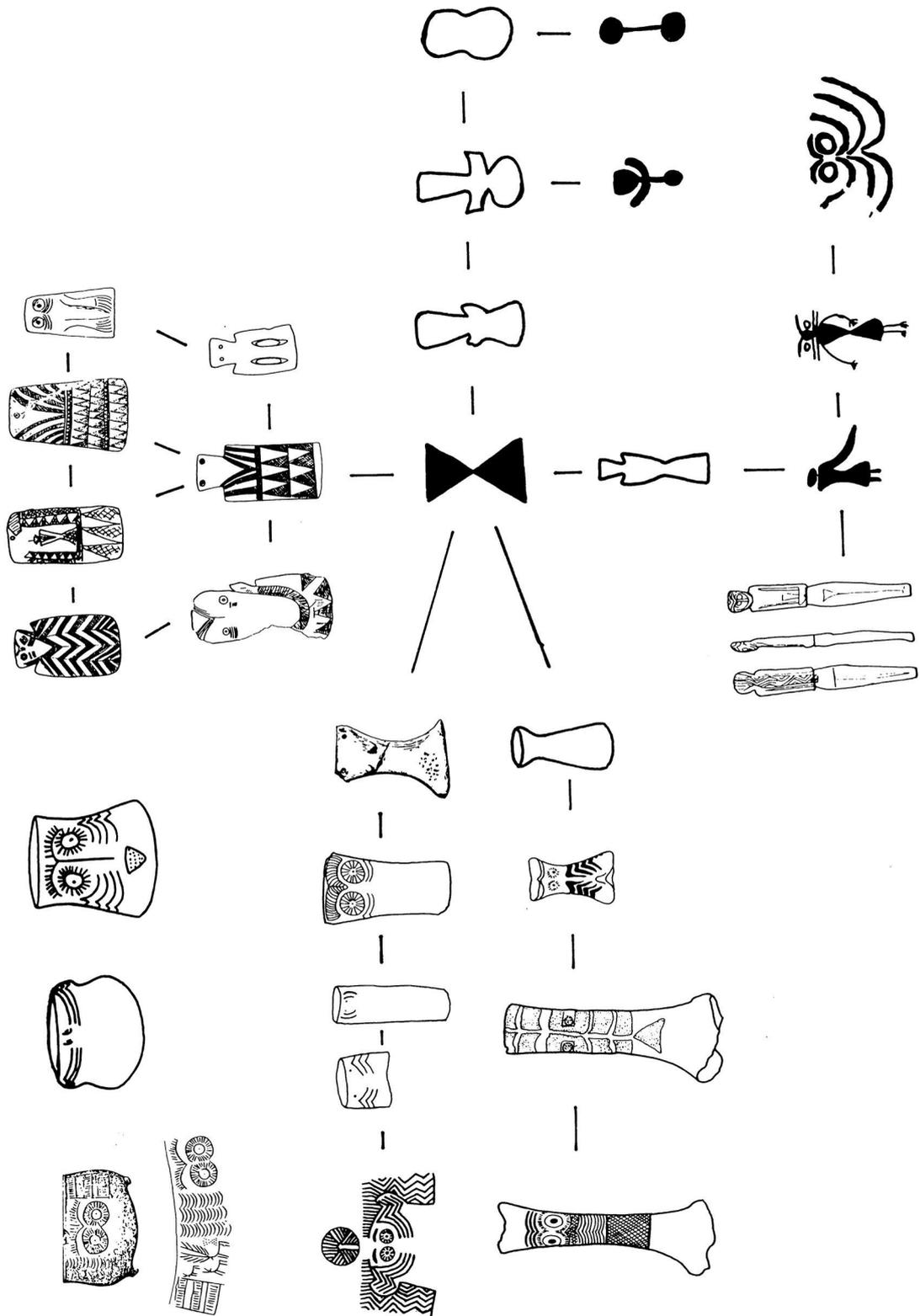


Fig. 2